

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, dcha.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,15

Pago adelantado.

Advertencia importante.

Algunos señores suscriptores se hallan en descubierto con esta Administración, y los rogamos abonen sus deudas con este semanario, pues de lo contrario nos veremos en la necesidad de darles de baja desde 1.º de año.

El hombre fósil.

Los sabios racionalistas han metido mucho ruido y gastado mucha tinta para demostrar la inconmensurable antigüedad del hombre sobre la tierra, deduciendo de ahí la consecuencia de que cuanto se lee en nuestros libros sagrados acerca del origen del hombre, no merece crédito alguno. Vausglosándose de seguir un método rigurosamente científico y de no apoyarse sino en datos positivos, creían haber destruido una de las bases de nuestra fe católica, que es la creación de todas las cosas sacadas por Dios de la nada y la formación inmediata del cuerpo humano del primer hombre, hecha por el mismo Dios.

La arqueología prehistórica y la paleontología eran y son los instrumentos científicos en que pretende apoyarse la ciencia atea en la lucha contra la ciencia católica, citando al efecto multitud de hechos que dabau como bien probados y sobre los cuales armaron sus castillos de naipes que acaban de venir al suelo con estrépito.

Cuanto hayan estudiado algo la cuestión del hombre fósil, tienen conocimiento del cráneo famosísimo de Cannstadt y del no menos famoso de Neandenthal, baluartes inmovibles del naturalismo científico; y sobre estos dos cráneos, como sobre dos columnas, se ha levantado por la incredulidad un edificio soberbio que parecía desafiar las edades y los siglos; hasta tal punto, que Mortillet, á quien imitó después nuestro Sales y Ferré, llegó á decirnos lo que comían, bebían, vestían y hacían los hombres de aquella edad geológica a que perteneció el cráneo de esas dos estaciones, pintándonos como hombres trepadores, que, á semejanza de los monos, habitaban casi siempre en los árboles, según se ven precisados á hacerlo los habitantes del gran Chaco en tiempo de la crecida.

Pero, ¡oh desgracia!, estos dos cráneos han caído en el descrédito, y los que sobre ellos levantaron aquellas imaginarias creaciones, pasan ahora por el ridículo más espantoso como fabricantes de leyendas que tienen tanto de científicas como los cuentos árabes.

En efecto, un paleontólogo alemán, no dándose por satisfecho con lo que se venía afirmando como indiscutible acerca del origen de esos famosos cráneos, quiso enterarse por sí mismo sobre el hallazgo de uno y otro, y un geólogo francés, católico y creyente, ha publicado en el último cuaderno del *Correspondant* las observaciones de Doctor Hugo Obermaier, que es el paleontólogo aludido, y las suyas; observaciones curiosísimas, que prueban la anchura de mangas de la escuela atea en eso de admitir como incontrovertible lo que es puramente imaginario, siempre que con ello crea perjudicar á la verdadera ciencia, inseparable compañera de la fe.

La historia del hombre y de la raza de Cannstadt es como sigue: En 1835 el paleontólogo Jaeger declaró haber encontrado en una vitrina del museo de Stuttgart una porción de cráneo, junto con algunos vasos de procedencia roma-

na, recogidos en las excavaciones de Cannstadt el año 1700. De donde dedujo Jaeger que aquella porción de cráneo procedente de unas excavaciones donde se encontraron restos de animales pertenecientes á la época cuaternaria, ya desaparecidos de la fauna terrestre, era contemporánea de ellos. Lo cual equivalía á afirmar la existencia del hombre cuaternario. Sólo que el primer catálogo de los descubrimientos de Cannstadt, hecho en 1700, insiste precisamente en «la ausencia de restos humanos»; y ninguno de los sabios que desde 1700 hasta 1835 se ocupó en las excavaciones de Cannstadt, hace mención alguna de tales restos. Y así concluyen Obermaier y Lapparent, que es el geólogo cristiano antes citado, ser absolutamente cierto que en Cannstadt no se ha descubierto cráneo alguno de hombre. ¿Quién lo llevó y con qué intención al museo de Stuttgart? Esto no se ha averiguado todavía; pero consta que antes de 1835, esto es, 135 años después de las excavaciones, el cráneo de Cannstadt no era conocido.

Recordemos ahora cuantas mixtificaciones y cuantas supercherías no han sido descubiertas en materia de objetos antiguos, unos pertenecientes á las obras humanas y otros á los restos de hombres y animales. Los trabajadores que hacían excavaciones bajo la dirección de Bucher de Pertles, y á quienes éste pagaba generosamente, no se contentaron con lo que recibían por sus trabajos; y para ganar más se dedicaron á llevar al lugar de las excavaciones huesos humanos que cogían en un cementerio próximo, y enterraban de noche para descubrirlos de día. No hace muchos años vino á Marsella una momia egipcia, que acabó siendo el cadáver de una señora francesa, muerta en Alejandría poco tiempo antes. ¿No ocurriría lo mismo con el cráneo de Cannstadt? Todo induce á creerlo.

Lo del cráneo de Neandenthal no es tan escandaloso como lo de Cannstadt, pero la falta poco. Fue descubierto en una cueva en 1856 en medio de lino, pero sin que se descubriese resto alguno paleontológico que permitiera fundar un cálculo acerca del tiempo en que fue depositado. Ni aunque se hubiera querido examinar el barro y el suelo de la caverna donde se halló aquel cráneo, hubiera sido posible; porque los trabajadores lo revolveron todo; é hicieron imposible el examen científico del pavimento. De manera que la edad de este cráneo hay que deducirla de él mismo; ó lo que es igual, no hay un solo dato que nos dé la más ligera indicación acerca del tiempo en que fue colocado el cráneo en la caverna de Neandenthal. Pero á los sabios racionalistas les sucede lo que al músico del cuento, *quod deficit in scientia, suppletur in trompatis*, lo que falta en datos positivos se suple con invenciones de la imaginación, y con éstas basta y sobra para hacer ruido, hasta que venga una pluma docta á deshacer el palitroque; pero entonces se inventa otro, y adelante.

Tengo yo un cuerno fósil de toro, recogido por mí en una enorme cueva de los montes de Caminayo, cueva en que es imposible que penetre ni siquiera un tornero, pues para hacerlo un hombre tiene que ser á gatas. Sobre este cuerno fósil pudiera levantarse, siguiendo el sistema de Mortillet y compañía, una teoría muy bonita acerca de la antigüedad de la raza bovina en España y su probable ingreso por el Pirineo, del cual es una estribación el monte de Caminayo; pero sería tan ilusoria como todo lo que se ha escrito sobre las razas de Cannstadt y de Neandenthal.

Terminaré copiando las siguientes palabras

de Lapparent: «Hemos querido, escribe, poner en guardia á los espíritus rectos contra los excesos de una escuela que, bajo la influencia de su pasión antirreligiosa bien conocida, ha mostrado demasiadas veces su diligencia en admitir cosas cuya prueba definitiva, estaba muy lejos de tener los caracteres de la certeza; hallándose esta escuela tanto menos autorizada para proceder de esa suerte, cuanto que sus representantes tienen constantemente en los labios las palabras «método científico», «hechos positivos». Y precisamente á nombre de este principio se creen con derecho á reclamar á grandes voces la introducción en la enseñanza vulgar de aquellas teorías, á cuya defensa se entregan con tanto encarnizamiento.»

Ya se sabe que estas teorías son las naturalistas y ateas, cuya base son los dos cráneos averiados de que acabamos de dar noticia.

NAVIDAD

No hay en el año día más bello, ni en toda la hermosa serie de festividades y conmemoraciones que atan como cadena de oro las fechas del año eclesiástico, hay fiesta que sobrepuje á la fiesta de Navidad.

Cada templo se convierte en hogar del pueblo, y cada hogar en templo.

Los abuelos y los niños, polos de la humana existencia, consideran como especialmente suya la Pascua de Navidad.

Al amor de la lumbre se celebra la fiesta, y la vida honrada que se extingue coronando de blanco la venerable cabeza de la vejez como esos montes de eternas nieves que reposan su cabeza en simonía de nubes, y hunden sus pies en lozana y vigorosa vegetación, ve levantarse á sus plantas la nueva vida, orlando de guedejas de oro las gallardas cabezas de la niñez. Abuelos y nietos, padres é hijos, forman una pira en el sagrado hogar, y los Angeles de la Noche Buena tienen que esforzarse poco para que en este grupo encantador de la familia cristiana sepa cada cual su papel recordando el grupo divino de la Santa Cueva: El Niño Jesús, su Santísima Madre, el buen San José, el buey y la mula prestando calor al atenido infante, pastores y zagales, ovejas y cabritos, bajo un misero portal, en cruda cuanto clara y espléndida noche de invierno; y alta en las alturas, rasgando los aires con ráfagas de luz, los Angeles en legiones innumerables, entonando como estridido del cantar pastoril, el himno más sublime que oyeron y oirán los siglos:

¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!

¡Desperta, ferro!

Van, Mosa, ven, acude, corre, vuela,
Deja los enervantes deranesos
Y cíñete los belicos arcos,

Cóje la aljaba, calzate la espuela,
Y apréstate á luchar, que Jano cierra
Su angosto templo, y el clarín vibrante
De Marte furioso y flameante
Retumba en el vivac, tocando á guerra.

¡No oyes el galopar del espumoso
Corcel que con su casco el suelo oprime?
¡No ves la espada fúlgida que esgrime
El jinete imperterritivo y brioso?

¡No oyes que en pos del vandalo y alano
De Maza el parche pavoroso suena?

¡No ves á la barbarie sarracena
Hollar el ara y el hogar hispano?

El taimado zegrí de férrea entraña
Y el arrogante y rudo avencerraje
Van devastando con febril coraje
Los deleitosos cármenes de España.

Vamos, Mosa, á luchar, la guerra es santa
Si por Dios y la Patria se ejecuta:
Si el honor y el derecho se disfruta
Es fuerza rechazar infamia tanta.
Y cuando vibre en el cercano cerro

Del hostil atambor conminadora
La ronca voz, de batallar es hora,
Es hora de exclamar: ¡Desperta, ferro!

¡Almogávar indómito y agreste
Desciende de las breñas á los llanos,
Empaña el hierro en tus robustas manos
Y bate y vence á la agarena hueste.

A la hueste venal, asalariada,
Que de Cristo la enseña victoriosa
Pisotear y hacer girones osa,
En torno del montón y la algarada.

Bate y vence á la hueste, que, lanzando
De España al rostro impudicas vilezas,
Sus legendarias y épicas proezas
Assina, ¡Españoles! ¡Hasta cuándo?...

¿Dónde está tu león, ¡oh Patria mía!
Cuna de Falafax y de Cisneros?

¿Dónde están tus valientes guerrilleros
De Bailén y tus tercios de Pavía?

¿Quién tanta afrenta sin horror soporta?
¿Do fué el valor del castellano pecho?

¿De la altivez líbera, ¿qué se ha hecho?
¿Qué es ¡oh dolor! del general *No importa!*

Tu fe, España, tu hogar y tu hidalguía,
Del oprobio y baldón en el abismo
Sepultados están. ¡Liberalismo!...

¿Qué has hecho ¡oh mengual de la España mía?

¿De la España del Cid, Cortés, Otumba,
Loyola, San Quintín, el Bruch, Gerona?...
Has hincado en el cieno su corona,
Has hundido sus glorias en la tumba,

Has profanado su bendita enseña,
La que al orbe en sus pliegues cobijara...
¡A mi madre escupido has en la cara!...

Baja, almogávar, baja de la breña.
Baja, Pelayo, y tú, del Rey Prudente
Espíritu inmortal, surge, y tu espada,
Doquier triunfante y siempre respetada,
Desenvaina con ímpetu potente.

¡Y aguantarás, España, ¡por ventura
Que el pérdido y cruel liberalismo
Mientras desgarras y pudre tu organismo
Cave con fruición tu sepultura?

¡Oh!, no; que aún hay de atletas un puñado,
Gloriosos restos de la estirpe vieja,
Que sin cesar y con tesón forceja
Por restituir tu heroico pasado.

Coloso Melia, Noedal gigante,
Desplegad la católica bandera
Y disipad la liberal quimera
Con vuestro verbo de fulgor radiante.

¡Sus bravos adalides en campaña
Os espera el ejército cristiano,
Ganso de batir al mahometano
Al grito de: ¡Santiago y tierra España!

Sois de la raza ibérica la gloria
Y ella, ávida y extática, os escuchó:
Conducid sus falanges á la gloria
Precursora del triunfo y la victoria.

Que luchar es vencer, cuando el combate
Por invictos candillos dirigido
Vindica el patrio honor envilecido
Y la cerviz del invasor abatido.

Y tú, León, la rígida melena
Sacude, agita; desespera y ruga,
Que tu guardia se desploma y cruje
Y el grazido del bueiro al norte suena.

Que el almogávar del cercano cerro
Alerta está, acampado en la llanura
Golpeando su lanza con bravura
Y ansiando gritar ¡Desperta, ferro!

Angel Ayllón y Gutiérrez.

Aprended, anticlericales....

Estudia, pueblo....

El *Heraldo Toledano* nos dió el otro día una noticia; pero así, poquetita, casi casi imperceptible; y á nuestro juicio merece que llamemos la atención del pueblo sobre el asunto, porque él revela donde el pobre obrero encuentra el verdadero amigo, donde se halla la verdadera fraternidad, tan ocurrencia de los anticlericales, y tan lejos de ellos en el terreno práctico.